

# SENECTUS MUNDI.

FRANCO BERARDI



**“OH! LET ME NOT BE MAD,  
NOT MAD, SWEET HEAVEN;  
KEEP ME IN TEMPER;  
I WOULD NOT BE MAD!”  
KING LEAR**

Los temas que quiero abordar en este breve ensayo son la senescencia masculina, la impotencia política, la hiper-potencia de la técnica, el etno-nacionalismo de hoy y el fascismo de ayer. Temas que pueden parecer lejanos, distintos, pero en mi sentido hacen (forman) parte de una mutación psíquica colectiva que envuelve la esfera política no menos que la esfera psíquica.

Hay un hilo coherente entre cuestiones tan diferentes: el agotamiento entendido como categoría interpretativa. El agotamiento de los recursos físicos del planeta, el agotamiento de las energías nerviosas de la sociedad, el agotamiento de la tensión hacia el futuro que caracterizó la modernidad occidental.

El viejo y la niña parecen dominar la escena de nuestro tiempo. La niña, Greta Thunberg, la niña de 15 años que habla a la tribuna de la ONU, es la imagen de una revuelta de los jóvenes que al nor-

te se rebelan contra la asfixia climática y al sur se rebelan contra la pobreza producida por el neoliberalismo.

¿Y el viejo quien es? Se podría responder que el viejo es el horrible presidente de los Estados Unidos, que representa la arrogancia del poder absoluto del capital, y al mismo tiempo la frustración de la clase media blanca empobrecida. Pero no, la metáfora tiene que ser más sutil.

El viejo podría ser el sujeto del abandono del prejuicio expansionista y acelerativo, de la pulsión acumulativa, y por consecuencia la adopción de un estilo de vida frugal, igualitario, no competitivo.

La generación de los nacidos en los '50 y '60 del siglo pasado hoy experimenta el envejecimiento, el desmoronamiento de su panorama imaginario, y al mismo tiempo la percepción de una invasión en procedencia del sur del mundo. Antes de desaparecer de la escena del mundo, esta generación que fue atravesada por la experiencia del movimiento radical de 68, podría contribuir a la evolución cultural con una nueva revolución cultural, fundada sobre una utopía senil, sobre la sensibilidad del agotamiento.

El tema del envejecimiento no ha sido elaborado

ni por el pensamiento político ni por el pensamiento psicoanalítico.



La cuestión del envejecimiento es crucial por entender no solo nuevas patologías mentales, pero también para entender la espectacular regresión que envuelve la esfera política mundial.

La cultura moderna se funda sobre la mitología de la juventud, del Sturm und Drang romántico y de la “tecnofilia” futurista. El esfuerzo industrial, la agresividad nacionalista no se pueden disociar del culto a la energía joven (juvenil).

El nacionalismo del siglo XX fue esencialmente la afirmación de esta energía futurista, de esta pulsión a extender las fronteras de la nación, y de manera similar el liberalismo del siglo XX fue animado por el impulso a extender las fronteras del mercado. Esta energía se acabó y el fascismo del siglo XXI parece una manifestación de demencia senil que influye sobre muchísimos jóvenes que se unen a la barbarie etno-nacionalista.

El devenir de la composición demográfica del mundo es un punto de vista esencial por entender la convulsión social. En el Norte, donde un tercio de la población tendrá más de 65 años en las próximas décadas, la tendencia hacia una irreversible senescencia influye en la disposición hacia el fu-

turo. El cerebro blanco reacciona contra el declive de manera identitaria: una ola de etno-nacionalismo y de suprematismo más o menos declarado se difunde desde Rusia a Estados Unidos y Europa. Al mismo tiempo en el Sur del mundo asistimos a una explosión demográfica, que provoca una ola de migración que destinada a no pararse, y una movilización rebelde heterogénea, aparentemente irreductible a una estrategia política común.

Los nacionalistas del siglo pasado se percibían como invasores, colonizadores, tal vez como portadores de civilidad. Los nacionalistas de hoy se perciben como invadidos, como víctimas de una penetración peligrosa que amenaza su estilo de vida y su trabajo. La mitología racista de la gran sustitución, a pesar de su carácter conspiracionista y reaccionario no puede ser minimizada porque tiene un fundamento demográfico real, y sus efectos pueden ser letales para el futuro de las democracias y para la paz civil.

**“El cerebro blanco reacciona contra el declive de manera identitaria: una ola de etno-nacionalismo y de suprematismo más o menos declarado se difunde desde Rusia a Estados Unidos y Europa.”**

Mientras el Norte sufre la perspectiva de senilización y el declive, el 41 por ciento de la población global tiene menos que 24 años. En África, que va a tener mil quinientos millones de habitantes a la mitad del siglo, el 41% de la población tiene menos que 15 años. (Simon Tisdall: Generation Crash, in Guardian Weekly, 1 Noviembre 2019). La explosión de revueltas del otoño 2019: Iraq, Líbano, Chile, Ecuador, Bolivia, Hong Kong y Barcelona, a pesar de su extrema diferenciación ideológica, tiene un carácter común a nivel demográfico. Es la revuelta de la generación nacida en el nuevo siglo, que no tiene memoria de las revueltas pasadas, ni tiene un programa común para el futuro, pero se niega a aceptar los efectos patológicos de la modernidad, la devastación del clima, del ambiente, de la ciudad, la desigualdad, la pobreza.

Yo no quiero identificar el viejo en una represen-

tación supremacista y reaccionaria: la senectud me parece hoy una figura ambigua que tiene una posibilidad evolutiva si la investigamos desde un punto de vista psicoanalítico, y la interpretamos desde un punto de vista político progresivo, pero no necesariamente expansivo. Romper la identificación de progreso y expansión es el sentido de la utopía senil que necesitamos.

Como sabemos el psicoanálisis no se ocupa de la vejez como problema específico: Freud escribe en 1898 que *“la terapia psicoanalítica está destinada a fracasar con personas de edad madura... porque la cantidad de contenidos que se encuentran en su experiencia tomaría un tiempo demasiado largo para ser tratadas.”* No me parece que en esta página Freud - que en el año 1898 era bastante joven -, diga algo muy profundo, pero yo creo que en la esquividad de Freud debemos leer una preocupación más honda. El proceso de envejecimiento conlleva problemáticas de tipo neurológico, neurofisiológico, de las cuales el psicoanálisis pretende emanciparse desde su comienzo.



**“Romper la identificación de progreso y expansión es el sentido de la utopía senil que necesitamos.”**

El campo teórico y clínico elaborado por Freud presupone una exclusión de la esfera neurológica, y una focalización sobre la relación entre sexualidad y lenguaje. El psicoanálisis encuentra su límite aquí, como señala la filósofa francesa Katharine

Malabou, autora del libro *Les nouveaux blessés*. En este libro Malabou plantea el carácter trans-psicoanalítico de patologías como Alzheimer, Parkinson, y también, en una cierta medida, de patologías masivas como la depresión, o el pánico. Estas patologías no se pueden ni analizar ni curar sin tomar en cuenta una dimensión extra-lingüística, extra-psíquica, que se compone mal con el cuadro conceptual freudiano.

En los tiempos antiguos, hasta la mitad del siglo Veinte, la condición senil tenía un carácter marginal en el conjunto del cuerpo social, y por consecuencia tenía una influencia menor en la formación del pensamiento colectivo, de las ideologías, y de la misma sensibilidad estética.

Vejez era sinónimo de sabiduría o de divina locura, o simplemente era algo que ignorar, marginalizar, segregar.

Hoy la vejez se ha vuelto en una condición masiva, determinante a nivel político (los viejos votan más que los jóvenes), económico (los viejos cobran pensión y tal vez tienen una propiedad acumulada con los años de trabajo, mientras los jóvenes están desempleados o sufren de condiciones laborales precarias y salario bajo).

El declive caracteriza naturalmente la percepción senil del futuro, y en la era de la precariedad laboral esta percepción senil se convierte en una corriente predominante del sentimiento social, influyendo también en la percepción de no-futuro de los jóvenes precarizados. La impotencia senil se suma y se mezcla con la impotencia política que todos advierten como consecuencia del dominio financiero sobre la historia política del mundo.

En su libro sobre la antigüedad del hombre *Die Antiquiertheit des Menschen*, (1962) Gunther Anders observa que la creciente potencia de la técnica produce un sentido de humillación en los seres humanos. Esta humillación impregna la experiencia política de nuestro tiempo, como mostró claramente el verano 2015 de Grecia, cuando la expresión de la voluntad de los electores no logró impedir la depredación financiera de los recursos del país y su empobrecimiento. Esta impotencia ha

producido un difundido deseo de venganza, que se manifiesta en el apoyo electoral a líderes como Trump, Modi, Johnson o Salvini, que de una manera u otra interpretan la explosión agresiva – por impotente –, de la voluntad de potencia humillada por la pareja tecnología-finanzas.

Sin embargo en la experiencia de envejecimiento podemos ver otra cara: el agotamiento de la energía propulsiva que anima la tendencia expansiva de la época moderna. La expansión, entendida como aceleración productiva y como ampliación de las fronteras del mercado, fue el alma del capitalismo, y se puede decir que sin expansión el capitalismo pierde su motivación histórica.

Pero lo que estamos descubriendo es que la posibilidad de expansión se ha agotado. Ya lo dijo el Club de Roma en el Informe sobre los límites del crecimiento [1]: el crecimiento no puede ser ilimitado porque el planeta es físicamente limitado, sus recursos se van agotando.

Hoy sabemos que no solo los recursos físicos del planetas sino también las energías nerviosas de la humanidad, no son ilimitadas y tienden a agotarse.

El agotamiento nervioso se muta en formas masivas de psicopatía. Los movimientos que hoy denuncian la explotación y el extractivismo, como Extinction Rebellion, se dan cuenta que el capitalismo es incompatible con la supervivencia del planeta y del género humano.

En los últimos años Lawrence Summers, un economista de Harvard que fue consejero de Barack Obama, propone explicar la reducción general del ritmo del crecimiento de manera nueva. Contra la versión oficial, Summers afirma que la ralentización del ritmo de crecimiento no es el efecto de una coyuntura contemporánea que los gobiernos deben combatir, pero es el signo de una estagnación secular, una tendencia irreversible vinculada con las nuevas tecnologías y también con el agotamiento.

**“Hoy sabemos que no solo los recursos físicos del planetas sino también las energías nerviosas de la humanidad, no son ilimitadas y tienden a agotarse.”**

Este punto de vista puede ayudarnos a pensar lo social en términos de redistribución igualitaria de la riqueza, en términos de reducción del esfuerzo extractivo. Una conversión de la energía colectiva desde la esfera de la acumulación hacia la esfera de la cura.

La relación entre el viejo y la niña se sitúa en el centro del actual devenir del mundo: solo cuando el viejo acepte un ritmo adaptado al agotamiento, solo cuando el tema del tiempo y de la muerte se coloque en el centro del discurso social, podrá difundirse una cultura de la igualdad y de la frugalidad.

El envejecimiento puede evolucionar culturalmente en dos direcciones opuestas: puede evolucionar como difusión de una demencia senil rencorosa y agresiva - la versión Trump - o como liberación de un ritmo armónico desvinculado de la maquinaria de aceleración.



Si nuestra investigación sobre la vejez solo se limita a considerar su imperfección, la reducción de potencia y las correcciones geriátricas necesarias,

[1] Report on the Limits of the growth, 1971.

no podremos captar su contribución evolutiva: la salida del futurismo expansivo como obsesión psíquica y como prejuicio epistémico.

La vejez excede al psicoanálisis porque su problema esencial no es reducir el malestar, o recuperar provisionalmente el bienestar. El problema de la vejez es el Ser, o, más precisamente, el Devenir.

Si eludimos las definiciones heterónomas de la vejez – la vejez como falta de algo –, podemos al fin interpretarla (y vivirla) como el sujeto del devenir más radical: el devenir nada.

La consciente adhesión al devenir nada puede ser la condición para salir de a dimensión epidémica del pánico y de la depresión.

---

FRANCO BERARDI

---